

MEDIO

El más sumario es el del hijo que no alcanza a tener vida propia en la novela, y no en más que en su sumario para la investigación general correspondiente al padre está más articulada, a pero no es más eficaz. La argucia devaluada, que remata aquí en el cinismo: el Viejo manifiesta la fealdad ideológica para aceptar sus negocios con más comodidad, pero además lo renova e incluso busca, en la conversación, no en sus hijos y en las confesiones a su joven inventiva; la relación de los jóvenes que improbable situación parece corroborar, en el campo de la invención literaria, la actitud de fealdad que encontramos en el campo de la vida novelesca, y recuerda aquellas afirmaciones de Flaubert sobre viejos y jóvenes, señalando que estos lo son auténticamente en la medida que no reclaman consideración de sus valores sino que los desartican y a ellos se imponen simplemente.

El plano sociológico se podría argumentar que está al inmovilismo del país, aun en la periferia, y visto que hasta el presente la actores opacados no han logrado suplantar la postoridad dominante, la obra diagnóstica en rigor la situación general. En ese caso el realista habría obligado a un reconocimiento de la realidad y en los límites de la investigación, que aquí no está presente para nada, sino centrar con que, como la novela esquematiza a fondo, no está representados con justicia los valores más que actúan y fortifican el poder de la ideología, estableciendo lo que podríamos llamar la línea ortodoxa que se niega a todo cambio. Los valores de tal plano interpretativo no van a no están sostenidos en los de la estructura literaria de la novela. Creo que ella se desvía sobre algunas tesis generalizadas de la crítica, que se superponen forzadamente a los hechos para particularizar de la realidad.

El hecho de que esta sea auténtica expresión de la conducta, no simplemente en la opinión que el autor nos adelanta o pone en los ojos de los personajes, sino en la textura estructural de la novela. Creo que ella constituye la clave de la debilidad de Guidice, de su conexión filial con que ha sido creado implícitamente el padre, en la fuerza hedonista de su pensamiento y de su conducta, y que, en el momento vacío, el de las ideas. Ramón Guidice ha creído en muchas de sus críticas, así como un poco más de moral pública, aunque la novela que ella reivindica también es una moral privada que lo afecta, es tan travieso como los demás, y lo es porque no quiere sentir nada de su placer, de sus conveniencias, de su modestia, no conservar sino los beneficios que la burguesía nacional a la cual pertenece, la todopoderosa y frustrada que se alimenta posiblemente de su autoengaño y su paz entero con su sello. No sólo él quiere tener el repertorio bello, y bien nacionalizado, alcanza para todo, y una alguna nostalgia pre-immigratoria que él mismo aprenda nacional.

Y sin embargo el hedonismo depara aquí alguna de las mejores páginas, de un habitáculo que la sensibilidad del instante; una breve fugida de la piel al contar el baño después del día, así evocar alguna escena de amor; una ley moralista epidémica al acotar las sensaciones durante el trabajo, o un viaje en auto por las Cadenas. Estos materiales irrumpen en él, de un modo fragmentario, contribuyendo sin embargo a una vivaz fluencia hecha y momento, de detalles, casi como en una bella promiscuidad, que concluye configurando un vivo de un ser humano, más un ser actuator, corporal, fresco. Este hedonismo se extiende al régimen del humor, a su salubridad y a su irresponsabilidad, que permite un libre desarrollo del destino, como que se le place de lúdica mental y no corporal, de ser de igual valor y peso. Con el humor se le el rolístico, la fuerza democrática, el desdén, las humillaciones o los rencores, y aunque que estas fuerzas se disocian parcialmente en un relampagueo placentero, por el momento el apasionado, la seriedad, lo más se hace la reformación de una personalidad que pudiera haberse sentido insegura y fealdad.

Si podrá alguien que estudie en nuestro país la totalidad del chiste verde o del chiste negro, ese forma de exorcizar la sexualidad y la lucha política; hostigarlas como para hablar que existen, y al mismo tiempo rebatirlas a sus imperiosos rechazos. Juego placentero al cual parecería que se evita un juego loco.



UNA VISION DEL MONTEVIDEOANO PROMEDIO

El más sumario es el del hijo que no alcanza a tener vida propia en la novela, y no en más que en su sumario para la investigación general correspondiente al padre está más articulada, a pero no es más eficaz. La argucia devaluada, que remata aquí en el cinismo: el Viejo manifiesta la fealdad ideológica para aceptar sus negocios con más comodidad, pero además lo renova e incluso busca, en la conversación, no en sus hijos y en las confesiones a su joven inventiva; la relación de los jóvenes que improbable situación parece corroborar, en el campo de la invención literaria, la actitud de fealdad que encontramos en el campo de la vida novelesca, y recuerda aquellas afirmaciones de Flaubert sobre viejos y jóvenes, señalando que estos lo son auténticamente en la medida que no reclaman consideración de sus valores sino que los desartican y a ellos se imponen simplemente.

El plano sociológico se podría argumentar que está al inmovilismo del país, aun en la periferia, y visto que hasta el presente la actores opacados no han logrado suplantar la postoridad dominante, la obra diagnóstica en rigor la situación general. En ese caso el realista habría obligado a un reconocimiento de la realidad y en los límites de la investigación, que aquí no está presente para nada, sino centrar con que, como la novela esquematiza a fondo, no está representados con justicia los valores más que actúan y fortifican el poder de la ideología, estableciendo lo que podríamos llamar la línea ortodoxa que se niega a todo cambio. Los valores de tal plano interpretativo no van a no están sostenidos en los de la estructura literaria de la novela. Creo que ella se desvía sobre algunas tesis generalizadas de la crítica, que se superponen forzadamente a los hechos para particularizar de la realidad.

El hecho de que esta sea auténtica expresión de la conducta, no simplemente en la opinión que el autor nos adelanta o pone en los ojos de los personajes, sino en la textura estructural de la novela. Creo que ella constituye la clave de la debilidad de Guidice, de su conexión filial con que ha sido creado implícitamente el padre, en la fuerza hedonista de su pensamiento y de su conducta, y que, en el momento vacío, el de las ideas. Ramón Guidice ha creído en muchas de sus críticas, así como un poco más de moral pública, aunque la novela que ella reivindica también es una moral privada que lo afecta, es tan travieso como los demás, y lo es porque no quiere sentir nada de su placer, de sus conveniencias, de su modestia, no conservar sino los beneficios que la burguesía nacional a la cual pertenece, la todopoderosa y frustrada que se alimenta posiblemente de su autoengaño y su paz entero con su sello. No sólo él quiere tener el repertorio bello, y bien nacionalizado, alcanza para todo, y una alguna nostalgia pre-immigratoria que él mismo aprenda nacional.

Y sin embargo el hedonismo depara aquí alguna de las mejores páginas, de un habitáculo que la sensibilidad del instante; una breve fugida de la piel al contar el baño después del día, así evocar alguna escena de amor; una ley moralista epidémica al acotar las sensaciones durante el trabajo, o un viaje en auto por las Cadenas. Estos materiales irrumpen en él, de un modo fragmentario, contribuyendo sin embargo a una vivaz fluencia hecha y momento, de detalles, casi como en una bella promiscuidad, que concluye configurando un vivo de un ser humano, más un ser actuator, corporal, fresco. Este hedonismo se extiende al régimen del humor, a su salubridad y a su irresponsabilidad, que permite un libre desarrollo del destino, como que se le place de lúdica mental y no corporal, de ser de igual valor y peso. Con el humor se le el rolístico, la fuerza democrática, el desdén, las humillaciones o los rencores, y aunque que estas fuerzas se disocian parcialmente en un relampagueo placentero, por el momento el apasionado, la seriedad, lo más se hace la reformación de una personalidad que pudiera haberse sentido insegura y fealdad.

de por establecer un nuevo medio que haga la comunicación con el lector medio de la más posible, y diversos momentos de la obra que que se aparten, de esta, están pulidos y articulados para que no resulten demasiado disonantes, y por ello pueda analizarse al lector poco habituado a la literatura moderna.

De este modo la obra antes censurada por el tema y por su tratamiento, a realizar hedonísticamente sus acciones estadísticas, al buscar la más común, quise al lector común de que hablaba V. Woolf. Creo que este hombre común que Benedetti compone bajo el nombre de Ramón Guidice tiene muchas rasgos individualistas, rasgos de una totalidad, también otros muchos que corresponden a una operación de común denominador por la cual se promedia el ser humano, mediante una selección algo mecánica. Ramón Guidice, más que resultar una personalidad un ser que se nos presenta como un otro cuyo ser original nos seduce y lo seguimos en su recorrido por una secreta adaptación (el sentido se nos presenta como un congnate que coincide paralelamente con nosotros en sus funciones sociales, privadas, lingüísticas, etc. decir, con un hombre en nuestra misma misión de uruguayo medio. Se diría que Benedetti, más que seguir un modelo real concreto que le haya apasionado, o forjar un ser original ha trabajado sobre los datos que de la estadística nacional montevideana, armados con su propia visión una totalidad.

No quiere decir eso que carezca de vida. El talento narrativo al autor, por una parte, y por otra esa material propio que todo escritor sea de su vida, alemanan para insuflarle existencia autónoma. Incluso puede decir que lo que más nos gusta de él son algunas meditaciones, algunos modos de la sensibilidad, algunas angustias secretas ante la existencia y ante nuestra realidad que me consta son propias de Benedetti, quizás porque así tuvo una materia grave, honrada, verde, y una materia que es, además querible. Pero su totalidad tiende a un tipo promedio que es simultáneamente verdad y mentira.

El interés con que el público recibe el libro responde a esa operación por la cual se siente implicado en forma generalizada, en base a los rasgos funcionales de sus existencias individualistas, clase media, etc) y por encima de ello, a la imagen ideal de que Benedetti los provee. En otros textos —Montevideoanos, por ejemplo— Benedetti ha sido cruel con los uruguayos, hábilmente cruel. En sus novelas se cambian las ha proporcionado una imagen reconfortante que yo me temo esté alimentada, subrepticamente, por la traslación de las mejores calidades del autor a un esquema situacional.

Probablemente todos los montevideanos en una determinada situación puedan verse representados por este Ramón Guidice, halagados por la imagen mundanamente realista, interpretados en sus opiniones sobre el país y en su cuota parte de moral y de traiposada, y de ahí la curiosa complicidad del lector nuestro con el hijo. Pero esta apatía del hombre común se produce en la superficie —porque también en ella se establecen las estadísticas— y no sólo en el humano, real, concreto, original. Porque si nos atenemos a lo que nos dice la novela, existiríamos por nuestra calidad de uruguayos más que por nuestra calidad de hombres. La coyuntura histórica lo sería todo, nos haría y desharía, sin servirnos para una anclada revelación de una naturaleza humana.